

E

Editorial

Enclaves criminales

Antofagasta concentra de las condiciones estructurales que favorecen este proceso: altos niveles de desigualdad urbana, campamentos, puertos y falta de Estado.

La desarticulación de una banda ecuatoriana que operaba en el campamento Génesis 2, en Antofagasta, no es un hecho aislado: es la confirmación de un proceso de larga data que ha ido mutando la fisonomía del delito en el norte de Chile. Lo que comenzó, hacia 2015 y 2016, como un cambio gradual en los patrones delictivos —un aumento de homicidios con armas de fuego y la irrupción de redes extranjeras— hoy se ha consolidado en la presencia sostenida de organizaciones criminales transnacionales con capacidad de control territorial, logística y económica. Como advierte la Fiscalía Regional, este fenómeno tiene raíces claras. La combinación entre migraciones desreguladas, déficit habitacional y ausencia estatal en los campamentos ha generado un ecosistema ideal para la instalación de estructuras delictivas complejas. Lo ocurrido en Génesis 2 no es distinto,

la recuperación del territorio demanda décadas y de eso no hay conciencia.

en su lógica, a lo que ocurre en las favelas de Río o en los barrios periféricos de Guayaquil: la ocupación territorial se convierte en un instrumento de poder criminal. Allí donde el Estado no llega con servicios, infraestructura o presencia policial, lo hace el crimen organizado, imponiendo sus propias reglas.

Desde un punto de vista técnico, el patrón es claro: territorialización del delito, sumada a la fragmentación institucional, es igual a la captura local del poder. El crimen organizado deja de ser una red invisible y pasa a ser un actor visible en el control de la vida cotidiana. A partir de ahí, la violencia deja de ser un efecto colateral y se convierte en un medio de gestión del territorio.

El riesgo es que, sin una política sostenida de Estado —y no solo de gobierno—, esta evolución derive en la consolidación de “zonas autónomas del crimen”, donde la intervención institucional es tardía y costosa. El desafío, en definitiva, es impedir que la frontera norte deje de ser un límite geográfico y se transforme en una frontera institucional.